

LA NUEVA URBANIDAD

LUIS CARANDELL

«¡O H tiempos, oh costumbres!». Los moralistas de todas las épocas se rasgaron siempre las vestiduras ante lo que consideraban como la pérdida de los valores y la disipación de las buenas formas. La Humanidad nunca pudo cumplir del todo con el Manual de Urbanidad vigente en cada momento,

con el código de costumbres que, escrito o no, existió siempre. La «cambiada» sociedad española de hoy rechaza el viejo Manual, pero de la ruptura (o quizá sería mejor decir reforma) de los modos tradicionales surge un nuevo código de lo que «se hace» o «no se hace». «Triunfo» me encarga que, en sucesivas entregas, redacte el nuevo Manual de Urbanidad. Ninguna tarea podría divertirme tanto como la de intentar averiguar en qué consiste hoy ser bien educado o mal educado.

«Doquiera que te destine/la suerte, adversa o propicia,/un día te hará justicia/la virtud y urbanidad;/éstas, a par que la ciencia/granjean un nombre ilustre./y dan a la mujer lustre/en la culta sociedad.» Tomo al azar una de las estrofas del «Manual de Urbanidad en verso para uso de las niñas», publicado por el Rvdo don José Codina en 1910. Leyendo los fragantes versos, no puedo dejar de pensar en lo que sufrirían las abuelitas para cumplir y hacer suyas las normas expuestas por el buen sacerdote en lo que fue libro de texto de las escuelas femeninas de la época.

Y no hace falta que nos alejemos tanto de nuestro tiempo para encontrar la pervivencia de estos rancios modos de conducta. Nuestras hermanas, esposas, amigas o compañeras, las chicas con las que alternamos, ya no digamos nuestras madres o tías, cantaron aún en la escuela aquello de «Las mamás van de visita,/las niñas se han de callar/y si algo les preguntan/muy bien han de contestar». Y en cuanto a nosotros, no somos pocos los que nos miramos, en nuestra infancia y adolescencia, en el espejo de «Juanito» o de «Valentín el niño bien educado», tan dispuesto siempre a levantarse diligente de la cama, rezar sus oraciones, despedirse respetuoso de sus padres y luego, ya en la calle, camino del colegio, cruzar a un ciego de una a otra

acera o ir corriendo a besar la mano de un sacerdote.

La «Cartilla moderna de Urbanidad» de la Editorial Luis Vives, S. A., algunos de cuyos dibujos ilustran este trabajo junto con las portadas y grabados de viejos manuales que viciosamente colecciono, fue publicada en Zaragoza nada menos que en 1957. ¿Cuántos diputados del Congreso, militares con graduación, abogados ejercientes y no ejercientes, periodistas en activo, aparejadores, capataces, empleados de Banco, médicos, obreros sindicados o no sindicados habrán bebido en las fuentes de la vieja Urbanidad?

Son aún legión entre nosotros y la nueva Urbanidad, llamémosle la «Urbanidad del cambio», constituye una caótica mezcla de los viejos modos y de sus adaptaciones modernas dictadas en parte por la tendencia a la «naturalidad» o lo que como tal se interpreta, en parte también por la necesidad de

recuperar el tiempo perdido en las prisiones de la antigua normativa.

Pero lo que es importante comprobar es que no por el hecho de que una mayor sinceridad o comodidad se imponga hoy en las costumbres, o de que las normas vigentes vengan dictadas por una reacción al antiguo encorseamiento, deja por ello la nuestra de ser una Urbanidad codificable. Lo es en la misma medida aunque por otras vías, en que lo era la que se recoge en el delicioso librito editado en 1876 por la editorial Saturnino Calleja bajo el título de «Tratado de las Obligaciones del hombre», obra de don Juan Escolquiz, «Canónigo de Zaragoza y sumiller de cortina del Rey don Fernando VII», en cuya portada se dice que ha sido «corregida por siete teólogos presididos por un ministro del Tribunal de la Rota».

La primera lección de Urbanidad, capital asignatura en tiempos, consiste en saber que, en la mente de los redactores de los viejos textos, no hay nada en la vida del hombre que no caiga dentro de su disciplina. La división tradicional clasifica la materia en «Deberes para con Dios, deberes para consigo mismo, deberes para con los semejantes». Y al decir «deberes» no significa que el autor esté imponiendo a sus educandos unas obligaciones fijadas a su capricho, sino que está elevando a la categoría de «deberes» las formas de conducta que en un momento dado «se estilan» o «se llevan», o al menos él así lo cree. Para nosotros, la única forma de manualizar la Urbanidad de hoy es hacer hincapié en este aspecto descriptivo de los modos de comportamiento, sabiendo que aquello que «se hace», aunque pueda ser considerado como contrario a la «cortesía y buen tono» según los antiguos cánones, se convierte automáticamente en los nuevos «deberes».



DEL ACTO DE LEVANTARSE



Hoy vemos por ejemplo, que entre los más jóvenes va cayendo en desuso la costumbre de hacer presentaciones cuando varias personas se encuentran. En algunos círculos no se estila ya darse la mano al saludar. Dar la derecha a las mujeres o cederles el paso ante la puerta puede ser considerado en ocasiones como «resto» de la antigua solicitud machista. Pagarles sistemáticamente la coca-cola o no dejarlas invitar nunca cuando se está en grupo puede ser señal de estar desfasado.

Pero en ellas, la obstinación en no dejarse invitar en ningún caso, podría entrañar la descortés suposición de que la invitación tenía un precio.

En tiempos, los jóvenes que no tenían novia sacaban a bailar «a todas» en una fiesta. Y hoy, bailar continuamente con la misma persona no da lugar a ninguna presunción de noviazgo. La palabra «novio» o «novia» no se dicen apenas, como no sea aplicadas a personas con quien se mantiene la vieja relación de los «amantes».

Ya no hay «queridas», ni, casi «esposas», del mismo modo que ya no existen las «viudas», sino «una chica a quien se le ha muerto el marido». El marido, aún se lleva, y suele ser un personaje importuno.

Los padres ya no son padres, sino «amigos» y el dedo con que nos advertían ha sido sustituido por la mano en el hombro, en amistosa camaradería. El título de «don» o de «doña» ha caído en considerable desuso, pero aún debe aplicarse a algunas personas y es frecuente en la Prensa escrita. El empleo del «tu» y del «usted» plantea la necesidad de un estudio respecto a qué personas y en qué momentos deben recibir uno u otro tratamiento. Hoy podemos tutear al profesor o ser tuteados por el camarero. La relación entre «superiores», «iguales» e «inferiores» ha cambiado, pero existe lo mismo que antes, bajo formas más sutiles. Los «pobres» no han dejado de existir, o son comparativamente más pobres que antes, aunque no sean andrajosos. Pero hoy se tolera un tipo de pobre más rebelde, no llamado a ser tan obediente, ni tan arreglado, ni tan limpio como era en el pasado.

Hay una urbanidad entre desconocidos y una urbanidad entre amigos que tienen unas formas diferentes de las de antes. Hay que saber cómo asistir a los entierros, cómo felicitar el cumpleaños, cuál es en cada momento la forma adecuada de vestirse (¿qué significa hoy, por ejemplo, ir «correctamente vestido»?). Y existe una nueva cortesía en el tráfico automovilístico, con un muy peculiar lenguaje de signos.

En la conversación, no sólo, como antes, los hombres, sino también las mujeres, utilizan frecuentemente tacos. Pero hay que saber cómo y cuándo deben utilizarse. En sociedad, un hombre puede y debe besar a la mujer del amigo, (en ciertos círculos sería casi sospechoso que no lo hiciera), pero sería demasiado hacerlo en los labios. Llegar a la mayor «naturalidad» y «sinceridad» posible «sin pasarse», recuperar «dentro de un orden» lo que nos hizo perder la urbanidad clásica, parece ser la norma de oro del nuevo código. Pero, por mucho que se intente militar contra las leyes que nos declan qué cosa era de buena o mala educación, qué cosa era «política o impolítica», hay que darse cuenta de que, se haga lo que se haga, eso será la nueva etiqueta. ■ L. C.